

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Colón (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 21 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes... pesetas 1
Fuera, trimestre... 3

N.º 780

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

DE ACTUALIDAD

EL PIMENTON EN EL CONGRESO

Conforme se había anunciado, ayer, primer día de sesión en el Congreso, comenzó a tratarse la cuestión del pimiento, tan importante para esta región y cuya solución pronta y definitiva tanto afecta a los intereses de la vega y aun a los de la paz pública.

El diputado Sr. La Cierva hizo uso de la palabra, sobre el referido asunto, primero para dirigir una pregunta al Sr. Ministro de la Gobernación y después en la discusión de la proposición de ley de los diputados por esta provincia, prohibitiva de la mezcla del aceite, para impugnar el voto particular del Sr. Conde de Albay.

El elocuente diputado conservador, juzgar por lo que de la sesión de ayer adelantaban los telegramas, combatió razonadamente la Memoria de Pulido, la circular reciente del señor Moret que tan considerablemente ha embrollado y agravado el conflicto y la detención de los presidentes de las sociedades agrícolas, dictada a raíz del atropello cometido contra la redacción de «El Diario».

Defendió al gobernador de Murcia, de los cargos infundados que se le han dirigido con motivo de dicho atropello; expuso el desinterés de los móviles, de cuantos en este asunto hacen la justa causa de los huertanos y pidió al gobierno que defina su criterio y mantenga en absoluto la prohibición de la mezcla.

Al suspenderse el debate, el señor La Cierva quedó en el uso de la palabra para la sesión de hoy.

En la discusión de esta proposición, cuya votación definitiva solucionará asunto tan debatido y de tan excepcional interés para la huerta de Murcia, tomarán parte otros diputados murcianos: entre ellos el Sr. Cañada, que con dicho objeto sale para Madrid en el expreso de esta noche.

Como el asunto reviste aquí tanta importancia y producen tanta expectación las manifestaciones que hayan de hacer nuestros diputados, nos proponemos dedicar buen espacio en nuestras columnas a la información de este debate parlamentario.

Hoy es ya de que se diga la última palabra y de que el asunto se resuelva, como demandan el interés de los más, las exigencias de la razón y los fueros de la justicia: dictándose sentencia definitiva en este pleito, acerca del cual es de sobra conocido nuestro criterio, en un todo favorable a las justísimas y unánimes aspiraciones de la huerta.

COLABORACION

A un desahogado

Siempre la misma canción que ya me vá fastidiando, siempre el fámulo anunciando: ¡Don Camilo Merluzón!
Y siempre tú, caro amigo, pues caro me vás saliendo, con desfachatez diciendo: ¡Hoy vengo a comer contigo!
Tan continúa letanía me da dolor de cabeza: ¿no sabes que es tu franqueza una sinvergüencería?
Tal tomadura de pelo

siempre me trae intranquilo, pues noto, necio Camilo, que esto pasa de camelo.

No me daré a Belcebú, aunque tu maña no cese, porque pese a quiebra el pese soy más decente que tú.

Pero en premio a tus deslices y a tu costumbre enrage, cualquier día te daré...

Dios al humano varón le ordena en un mandamiento de comer al hambriento, no mantener al gorrón.

Y es fácil de presumir que me estás dando el gran timo pues me has tomado por primo y me quieres exprimir.

No sigas pues, tal bromazo, que te hallarás, por chorlito, con un «¡No está el señorito!» ó un excelente estacazo.

Eugenio Rey Seoane

UN CUENTO DIARIO

ABUELO Y NIETO

Volvían al pueblo desde la labor, silenciosos los dos, padre é hijo, como de costumbre, cuando de pronto dijo aquel a este:

—Oye, Pedro.
—¿Qué quiere, padre?
—Tiempo hace que me anda una idea dando vueltas y más vueltas en la cabeza, y mucho será que no se te haya también a tí ocurrido alguna vez...
—Si no lo dice...
—¿En qué piensas?
—No; sino ¿en qué piensa usted?
—Pues yo pienso... mira... pienso que estamos mal así...
—¿Cómo así?
—Vamos... así... solos... y como el hijo no contestase, tras una pausa, prosiguió: —¿no crees que estamos mal así?
—Puesto que usted lo dice...
—No crees que nos falta algo?
—Sí, padre; nos falta madre.
—Pues ya lo sabes.

Siguieron un gran trecho silenciosos, perdidas sus miradas en el largo camino polvoriento que tocaba al cielo allá lejos, donde bajo la franja de una nube cenicienta iba derritiéndose la última luz del sol ya muerto. De pronto dejó caer el padre en el silencio estas palabras: «Tomasa...» como principio de una frase en suspenso, y cual un eco, respondió el hijo: «Tomasa...?» Y no volvieron a hablar de ello.

No conseguía acertar Pedro el por qué su padre se hubiera fijado en Tomasa de preferencia a todas las demás mozas del lugar, para elegirle por nuera. Porque era ella ceñuda y arisca, calladrona y reconcentrada, como si guardase un secreto. Bailaba en los bailes de la plaza como de compromiso, y más de una vez pagó con un bofetón los requiebros que de raya pasaban. Pero era verdad; algo tenía Tomasa, algo que ninguno sabía explicarse, pero que hacía la desearan muchos para mujer propia. Algo indecible decían aquellos ojos negros bajo el ceño fruncido; algo había de robusto en su porte. Era la soriedad hecha moza y moza, a pesar de su adustez, fresca y garrida; toda una mujer!

Empezó Pedro a revolver en su imaginación la idea de su padre, y tanto y tanto rumió aquello de: «¿por qué la querrá de nuera?» que acabó por pedir a Tomasa cortejo. Y ella, no sin sorpresa del mozo, se lo concedió.

Y empezaron las largas entrevistas; las conversaciones lánguidas y arrastradas mientras ella mordía una hoja de cualquier planta; el murmurar, a modo de arrullo, de todos los demás novios del lugar. Los deslices de Tomasa apuntaban casi siempre a la futura vida doméstica, a lo que habrían de hacer una vez casados; eran observaciones hechas de una sensatez abrumadora. Con frecuencia repetía: «¡ah, si yo fuese hombre!» sin que en ello parase mientras Pedro, que nunca pensó en sí él fuese mujer. Lo único que el mozo se decía era: ella siempre está con «si yo fuese hombre» y mi padre siempre «¡con si yo fuese joven!»

Cuando Pedro anunció a su padre que le llevaría a Tomasa de nuera exclamó el anciano:
—¡Gracias a Dios! Ya te lo decía... Es lo que nos hace falta en casa... mujer... y una mujer así, de cuerpo entero, de temple, sana y laboriosa...— y tras un

momento de pausa añadió:— ¡Ah! ¡si yo fuese joven como tú...!

—Sí, que es usted quien me la habría traído de madrastra, en vez de traerse-la yo a usted de nuera... ¿no es eso?

—Te equivocas, hijo... pero... ¿quién sabe?
Entró Tomasa en el hogar del anciano y desde el primer día empezó a llamarle abuelo. Y el pobre Pedro no oía más que: «Si yo fuese hombre como tú...», de un lado, y de otro, «¡Si yo fuese como tú joven...!», él, que era hombre y joven.

«No piensa más que en los hijos» pensaba el abuelo, y era verdad, no pensaba Tomasa más que en los hijos que hubiera de tener. Ya que no hombre sería madre de hombres, nodriza de hombres, criadora de ellos. Era una mujer hacendosa y dura, incansable en el trabajo, de pocas palabras.

Pedro no acertaba a darse de ello clara cuenta, pero era el caso que aun el más torpe podía barruntar cierta sorda malquerencia entre la nuera y el suegro, nacida en ellos no bien convivieron cuatro días. Ella no hacía más que reprochar al viejo su creciente inutilidad, y él parecía molestarse de que trabajara tan duro ella.

—Para hacer así las cosas mejor es que las deje, abuelo; es más lo que echas a perder que lo que abona—decía al anciano la joven con sermón.

—Ni un momento de reposo, hija, ni un momento... piensa bien cómo estás, en tu estado, y no sea que por querer hacerlo todo comprometas tu salud, y lo que es peor, la vida del que va a venir—le decía el viejo con amargura.

Una tarde encontró el padre al hijo junto al abrevadero, cuando aquél se retiraba a casa y llevaba éste el ganado a beber, y sin preámbulo alguno:

—¡Ay, Pedro...!—le dijo.
—¿Qué le pasa, padre?
—Que el abuelo es ya viejo y le empujan los que aún no han venido... pero, déjate, déjate, que el mundo da muchas vueltas y quiera Dios que no te afrente un día tu mujer con tus propios hijos...
—¿Por qué lo dice, padre?
—Me equivoqué, hijo, me equivoqué... Me gustaba por ser, por trabajadora... pero son demasiada seriedad y demasiada laboriosidad las suyas, no lo dices. Parece como que se esconde en el trabajo... y sueña demasiado en el hijo... demasiado... Mira, como duermo poco, me paso las noches dándole a las cosas muchas vueltas en la cabeza...
—No hay como una mujer trabajadora, padre...
—¡Trabajar... trabajar... siempre trabajar...! ¡pobres viejos...! ¿Te acuerdas cuando bailaba en la plaza? Lo hafoa como quien cumple una penitencia...
Llegó por fin el niño, el anhelado, y aquel día y el del bautizo fueron de negros augurios para el pobre viejo. Tomó al niño en brazos, le miró fijamente y lloró al besarle. «¡Que no llegues a viejo!» le dijo en silencio.

En pocos días se restableció la madre y, mientras salía a la labor Pedro, estaba ella dando el pecho al niño, y el abuelo contemplándolo desde un rincón. Pensaba el viejo: «Ahora le está diciendo callandito, muy callandito, casi sin hablar: tú serás lo que yo habría sido si hubiese nacido hombre... irás a la ciudad... serás más que todos nos otros...»

—¡Será todo un hombre!—acababa el viejo en voz alta su pensar.

Y Tomasa al ver sorprendido su pensamiento, miraba al abuelo con ojos extraños, diciéndole lo indecible con la mirada aquella que partía de bajo el ceño fruncido.

Y empezó a ser todo lo mejor para el niño; para él la nata de la leche, y no para el viejo ya; para él el rinconcito mejor junto a la lumbre; todo cuidado para él.

—Deje al niño eso, abuelo, que Vd. lo ha gozado ya muchos años...
—Y él lo gozará, cuando yo muera, otros tantos...
—Cuando Vd. muera... eso...
—El llegará a viejo... si vive...
—Si vive ¡claro es! también Vd. fué niño...

—Cuando conocí al abuelo pedía limosna por los lugares y alquerías.
—¿No tiene Vd. hijos?—le pregunté.
—Sí, señor; los tengo—me respondió;—pero me han echado de casa... les estorbaba...
—¿Estorbarles?
—Sí, señor... Sí, tengo un hijo; pero él también lo tiene... y llegará a viejo como yo... el mundo da muchas vueltas, señor... También yo fui hijo... A nadie he de dar que hacer, nadie me reprochará el pan que coma... me moriré soli-

to en un rincón, solito, como los animales, como las criaturitas de Dios, sin comedias... me moriré... cuando Dios quiera; ¡han visto nacer a su hijo: sólo Dios sabe si tendrán el consuelo de que su hijo les vea morir!...

Y después de haber besado la moneda que de limosna le dió y de un «Dios se lo pague, señor, y le dé salud para criar a los suyos», perdióse el anciano allá, en la polvorienta carretera, renqueando, su cabeza sobre el crepúsculo, aureolada por el polvillo de oro del sol poniente.

Pero un día no pudo ya, y esclavo del corazón, con lágrimas de tristeza y de despecho en los ojos, pero con resacoldo de amor, llamó con el cayado a la puerta de su casa, de la casa en que naciera.

—¿Quién es?—preguntó desde adentro la voz seca y dura de la mujer.

—¿Hija y un poco de sitio, hija, para un pobre viejo que quiere morir?

Signifícase un momento de silencio; la mano del abuelo temblaba sobre el cayado; no le corrían ya las lágrimas.

—Entre, padre—dijo con empuñada voz Pedro.

—Dios te lo pague, hijo—exclamó el anciano al franquear la puerta, y fué a sentarse junto al fogón, sin mirar a los suyos, renqueando.

—El caso es que no debíamos recibirlo...—empezó Tomasa;—¿por qué se nos escapó? Y luego andan diciendo por el pueblo que si le echamos de casa... que si le tratáramos de este modo ó del otro... ¿Tan mal le tratáramos, diga?

—No, ni bien ni mal... Yo era como un perro viejo a quien por compasión no se le pega un tiro... se le echan los mendrugos, y se le despacha a que tome el sol y no estorbe... ¡para lo que ha de vivir! Y cada mañana se dice: ¿todavía vive?... No; ni mal ni bien...
—Cállese, padre, cállese...
—Me callaré... en mi casa...
—¿Su casa?—replicó la nuera;—la casa es de quien la sostiene.

—¿Qué vida!—exclamó el viejo golpeando con su cayado el suelo mientras se le saltaban las lágrimas de nuevo.
—No haga ruido, abuelo, que está el niño enfermo...
—¿El niño?—exclamó el viejo al punto.

—Sí, el niño!
—¿Quiera Dios, hijo, que no te vea como tú me ves hoy!

—Fuerte le dá al abuelo!...
—Vaya, hijos, voy a retirarme... ¿dónde?...

—¡Alá!—le contestó la nuera señalándole una puerta con el brazo extendido, rígido, cuya sombra proyectaba en el muro, agorera, la roja lumbre del hogar.

—Al cuarto en que nací... Pero antes quiero ver al niño... darle un beso...
—¿Un beso?—exclamó, sin poder contenerse, la madre.

—Un beso, sí—agregó con firmeza el anciano mirando a los ojos a su nuera, que le sostuvo la mirada con la suya adusta, casi acusadora.
Entró el anciano en el cuarto del niño, entonces enfermo; besóle en la frente, que de fiebre ardía, y murmurando entre dientes: «aquí sobra uno», fué a recogerse.

A la mañana siguiente salió la madre del cuarto como loca, desparvorida, gritando: «El, él nos ha matado al hijo... sí, él, él con su beso... le ha hecho mal de ojo... él... tu padre... ¡el abuelo!»
Cuando entraron en el cuarto del anciano halláronle también muerto, muerto en la cama misma en que había nacido.

Miguel de Unamuno.

TESTIMONIO DE GRATITUD

D. José Morales y D. Luis Díez Guirao de Revenga, como presidente y secretario respectivamente de la comisión organizadora del mitin celebrado en el Teatro-Circo Villar en defensa de la pureza del pimiento, han dirigido a los ilustres hombres públicos Sres. Silvela, Romero Robledo y Lopez Puigerver, una expresiva carta redactada en los términos siguientes:

Muy señor nuestro y de nuestra consideración más distinguida: Cumpliendo gustoso deber de muy obligada gratitud, tenemos el honor de rendir hoy a V. solemne testimonio de las gracias más expresivas y sinceras por su tan elocuente como sentida carta de adhesión a nuestro grandioso mitin, ya celebrado, para solicitar de los altos poderes públicos una resolución favorable y pronta, dictando medidas gubernativas de absoluta prohibición de la mezcla del

aceite al pimiento molido, la principal y más cuantiosa riqueza de las feraces huertas del Segura.

Escuchado con gran atención, merecidamente, su simpática adhesión por el inmenso concurso, se tomó después, entre otros varios acuerdos, el de enviar a V. un caloroso voto de gracias, que nosotros, como Presidente y Secretario de la Comisión organizadora de dicho mitin, tenemos el mayor gusto, por la presente, de cumplimentar.

Ahora bien; satisfecha esa justa deuda de agradecimiento a V., en nombre y representación de la huerta murciana y otros pueblos ribereños hasta Guardamar, incluyendo entre ellos a la hermosa ciudad de Orihuela, en cuanto atañe a su producción agrícola, nos permitimos demandar de V. el apoyo valiosísimo de su prestigiosa palabra y su notable, legítimo influjo en el seno augusto de la Representación Nacional, donde habrá de debatirse y definitivamente resolverse nuestro importantísimo y vital asunto agrícola.

Nosotros confiamos, fundadamente esperanzados en sus leales y categóricas promesas, y en las de otros también ilustres hombres públicos, de que nos será otorgada por ustedes una nueva muestra de su fervoroso patriotismo en favor del mayor engrandecimiento de la esquilmada agricultura española, una de cuyas copiosas fuentes regionales está próxima por obra fatal del error, a secarse en sus ríos é inagotables venenos.

Con la santa justicia por lema fundamental de nuestra gran causa, la muchedumbre laboriosa y honrada como clamor inmenso y ustedes, tan insignes, por fuerza incontestable, la victoria habrá de ser el providencial resurgimiento de los débiles, los pobres, los infortunados, a la vida intangible del Derecho, fórmula sabia y divina de la convivencia social, en la cual entran armónicamente concertadas las libres iniciativas de las varias actividades humanas para la labor gigante del trabajo universal.

De V. con la mayor consideración, afectísimos atentos amigos ss. ss. q. l. b. l. m. José Morales, Luis Díez Guirao de Revenga.

Murcia 18 Octubre 1902.

Teatro Romea

Ancóche hubo bastante concurrencia en nuestro hermoso coliseo, donde se pusieron en escena el drama «La carcajada» y la chistosísima comedia de Vital Aza «El sombrero de copa».

En la primera de dichas obras, obtuvo un verdadero éxito el distinguido actor Sr. Armengod, que estuvo muy bien en el desempeño de su difícil papel, y al que se ovacionó merecidamente en los tres actos, haciéndole salir repetidamente a escena, a recibir los aplausos del público.

«El sombrero de copa» obtuvo una ejecución muy acertada por parte de todos sus intérpretes é hizo pasar a la concurrencia un rato agradabilísimo.

Esta noche se pondrá en escena «La huérfana de Bruselas»; mañana noche la comedia en cuatro actos y cinco cuadros «Felipe Derblay»; el jueves «Don Juan Tenorio» y el viernes en función extraordinaria y para despedida de la compañía, estreno de «Electra».

Fiestas en la Alberca

Con gran solemnidad se han celebrado en este pueblo las anuales fiestas que en honor de Nuestra Señora del Rosario dedican los vecinos a su excelente patrona.

El sábado en la noche hubo un magnífico castillo de fuegos artificiales, amenizando dicha fiesta la banda de música que dirige D. Vicente Espada. Al amanecer del domingo gran diana, recorriendo las calles del pueblo dicha banda tocando varias piezas de su repertorio.

A las diez gran función y misa a gran orquesta, oficiando en ella el canónigo D. Ildefonso Montesinos, disparándose grandes tracas a la puerta de la iglesia.

Por la tarde a las cuatro gran procesión que recorrió todas las calles del pueblo sacando las imágenes de San Roque, San Joaquín, San Antonio, San José, la Purísima Concepción y un magnífico paso estrenado en la tarde de anteaer con la efigie del Sagrado Corazón de Jesús, hecho por el escultor Sanchez Arañil, obstandando en su adorno

